



Publica o perece

Niños de Tierra*

“Sólo le gustaba comer la tierra húmeda del patio y las tortas de cal que arrancaba de las paredes con las uñas”, escribió Gabriel García Márquez sobre Rebeca, niña de once años de edad que aparece como uno de los personajes en su novela *Cien años de soledad*.

Habrá quien piense que se trata de una fantasía inventada por el novelista, pero no es así; comer tierra puede obedecer a un reclamo del organismo para subsanar deficiencias nutrimentales como la falta de metales –hierro o zinc–, o minerales –sodio o calcio–; pero también puede ser una conducta causada por ciertos parásitos o malestares estomacales.

Tan real y común es este –en apariencia desacostumbrado– hábito entre los niños, sobre todo en los de bajos recursos, que la niña, que en la novela sobrevive días enteros sin otro alimento que la tierra de los jardines y los muros de la casa, se basaba, al parecer, en la historia de la propia hermana del escritor: Margot. Por lo demás, esa actitud geofágica (come-tierra) se presenta muy a menudo en mujeres embarazadas o amamantando, una fase donde hay una gran demanda de nutrientes.

El “come-tierrismo” no es exclusivo de la especie humana, también se manifiesta en animales domésticos, como el perro y el gato; en animales de cría, como el ganado vacuno o en caballos, como bien saben los ganaderos; y

en animales salvajes, como el chimpancé, el león o el elefante. La distribución de este hábito es mundial, y lo mismo se presenta en el Congo que en Estados Unidos o México.

Cualquier persona puede ingerir tierra por mera casualidad o por descuido: ya sea por traer las manos sucias y llevarlas a la boca, por comer el alimento que cayó al piso, o por estar hablando o comiendo en medio de la calle sin el menor respeto a las tolvaneras. El riesgo es mínimo, pero por este sólo hecho se puede contraer alguna infección. P.ej. algunos estudios del *Centro de Control de Enfermedades (CDC)* han establecido que el polvo contaminado, esparcido por el aire, ha ocasionado amibiasis entre personas expuestas, a pesar del cuidado que tenían en su higiene alimenticia.

Pero eso no se compara a la cantidad que un niño o joven come-tierra puede engullir cuando busca, selecciona y encuentra la clase de materia solada que le demanda su cuerpo. Lo que despierte su apetito puede ser el polvo fino que se deposita sobre un auto, trozos de adobe envejecido, pedazos de tierra recién humedecida, o hasta cáscaras de pintura empolvada que como láminas de hojaldré se desprenden de la pared. En este caso, el riesgo es infinitamente superior al anterior, sobre todo si el suelo está contaminado con residuos peligrosos como plomo, arsénico, mercurio, askareles, o aceites.

En el lenguaje técnico de la salud ambiental a la geofagia se le denomina *pica*, y la *Agencia de Sustancias Tóxicas y Registro de Enfermedades* (ATSDR) de EU, la define como “la recurrente ingestión de inusuales cantidades de tierra”. Un niño *pica* puede comer varios gramos de tierra al día, y, de no atendersele debidamente, esa conducta le puede durar meses o años y ocasionarle serias y permanentes complicaciones a su estado de salud física y mental.

Pero más allá del virtuosismo literario de García Márquez y de su único caso come-tierra, la realidad rebasa la ficción, ya que se han encontrado comunidades con altos porcentajes (desde un 9 hasta un 25%) de niños geofágicos. Incluso hay familias completas de geofágicos. Sin embargo, cuando los niños *pica* viven en zonas presuntamente contaminadas con metales pesados, como suelen estar los terrenos aledaños a las fundidoras, industrias de galvanoplastia (electroplateado), o minas; o cercanos a las áreas agrícolas asperjadas con plaguicidas y fertilizantes, entonces estos pequeños se convierten en el grupo más expuesto y amenazado, pues introducen grandes cantidades de materiales tóxicos en sus cuerpos.

En la naturaleza, la conducta *pica* es común. Muchas especies de animales conocen por instinto que suelo de su entorno les sirve de antiácido, antidiarreico, antiparasitario o hasta de caramelo –pues algunos, al igual que el hombre, disfrutan lo dulce–, y lo comen o lamen en pequeñas cantidades cuando lo necesitan. Esto a veces les resulta contraproducente, pues hay zonas a donde concurren en busca de arcilla o piedra medicinales, por decir así, y que ahora están afectadas por las actividades del hombre. Luego, la ingesta de tierra contaminada los

envenena poco a poco, y lo mismo les sucede a quienes se comen esos animales intoxicados.

Sin ninguna duda existen muchos tipos de tierra que poseen propiedades medicinales, pero son pocas en relación a otras clases de tierras que existen y que no cualquiera las sabe reconocer. En épocas de escasez, algunos pueblos recurrieron al consumo de tierra para satisfacer el hambre. Según P. Warshall y J. Diamond, en tiempos de hambruna, la gente de Suecia y Finlandia preparaba lo que dieron por llamar “pan de barro”. En la selva del Amazonas, tribus de indios comen bolas de arcilla durante la estación de lluvias, ya que por la vasta cantidad de agua que cae y por las inundaciones se les dificulta obtener alimento. En Japón, el pueblo Ainu tiene una vieja receta de algo que conocen como “sopa de terrón”.

Asimismo, en África los miembros de las tribus Mende y Kisse recogen y consumen, como suplemento alimenticio, la tierra procesada por termitas para construir sus termiteros. Algunas empresas ya comercializan esta tierra y la distribuyen en buena parte del continente; sobra decir que el impacto ambiental de esta práctica ha sido terrible. En Centroamérica, para la celebración religiosa más importante de Esquipulas, Guatemala, se preparan y venden tabletas de barro, las cuales son consumidas por las mujeres para inducir la preñez o mejorar el parto.

Está visto que para algunos pueblos, comer tierra forma parte de legendarios ritos; en cambio, para otros, esto ha sido un recurso extremo al que se han visto obligados para engañar al estómago en momentos en que no hay alimento que probar, como sucedió durante la gran hambruna china de los años cincuenta en el siglo XX.

Los riesgos de comer tierra son variables y dependen del nivel de vida de la gente, si tienen o no agua potable y drenaje, que tipo de empresas o talleres existen alrededor, si en la proximidad hay campos de cultivo, etc. En 1990, Torsvik encontró que en un gramo (1 g) de suelo natural había un promedio de 4600 especies de microorganismos, y que en un metro cúbico de tierra podrían aislarse hasta siete kilos de masa viva. En cuanto a sustancias químicas, un suelo contaminado puede contener tantas miles o más clases de sustancias que un cigarrillo. Entonces, un niño que se enferme por comer tierra puede adquirir desde una ascariasis (lombriz intestinal) hasta un saturnismo (envenenamiento por plomo).

La necesidad de comer tierra se ha industrializado, comercializado y globalizado hoy día y, sin ningún desdén, es aceptado hasta en las mejores mesas. Qué si no son las tabletas de *Tums*, los *Roloids* y el *Melox*, el *Kaopectate* o hasta el bicarbonato de sodio puro, que caolín procesado, coloreado y saborizado artificialmente. Millares de gentes los portan en los bolsillos o en el maletín y los consumen a diario en los lugares más insospechados: conferencias, banquetes, vuelos, y cualquier otro lugar que se le ocurra.

En contraste, los niños pica no comen tierra por estar muriéndose de hambre ni por seguir los preceptos de alguna creencia. Se supone que lo hacen porque su organismo les reclama la falta de algunos nutrientes que están ausentes en sus alimentos, y por mero reflejo actúan como si supieran donde encontrar lo que su cuerpo necesita: en el suelo.

Tratamientos de ruibarbo y palizas, como las que recibió Rebeca en *Cien años de soledad*, no curarán el hábito *pica*, lo esconderán; en cambio, una alimentación balanceada haría el “milagro”. El problema es darles a todos los que lo necesitan esa alimentación. Por eso, no sin ironía, hay un viejo adagio que reza: “quien coma tierra, que cargue su terrón”.

Colofón: Las niñas de la tribu Luo en África rezan: *comemos tierra porque somos mujeres* (wachamo loo nikech wan nyiri). Los niños replican: *Dios preparó la tierra para las mujeres* (Nyasaye nene olosone jo ma mon).

Wenzel Geissler.

*Excerpta del libro *El ambiente a la sombra del hombre*. USA: Fabro Editores. Versión digital para Kindle de Amazon.com